

peto profundo por José su compatriota, y alta estimación por sus obras. Aquel mismo año abandonó el mundo y sus honores, tomó el traje talar, y se hizo compañero de nuestro Santo. En 1656 fué elegido segundo Superior General de la Orden.

Llamábase el segundo Bernardino Panicola, excelente sacerdote de la Diócesis de Tivoli, Doctor en Derecho, Profesor de la *Sapienza*, y muy afamado en el foro. Entrado en las Escuelas Pías, lo nombró José ayudante en la oración continua de los niños. Oía las confesiones de los mismos, y fué después Procurador de la Orden. En 1643 lo nombró el Papa Obispo de las Diócesis reunidas de Ravello y Scala.

Pasaba por una plaza José acompañado del P. García un día de 1611. Por cuarta vez se le apareció la Santa Pobreza en forma de hermosísima doncella cubierta de harapos; lloraba á lágrima viva: Se dirigió á José, y le dijo en tono lastimero: «Padre José, me veo desacreditada en todo mundo, y hasta en las santas familias religiosas que hacen profesión de acogerme. Amparadme vos que tenéis tanta caridad con los pobres, ya que yo también lo soy. Por amor de Dios no me abandonéis». Quedó bastante molesto con aquel encuentro el P. García que era admirablemente discreto con las personas de otro sexo. Temiendo nuestro Santo que fuera aquella otra trampa que el demonio le ponía, hizo la señal de la cruz, y le preguntó quién era y qué quería. «Me conocéis muy bien, me habéis visto ya muchas veces y sois el padre de los pobres, no me despreciéis. ¡Ah! despreciada del mundo entero, halle yo refugio en Vos». Le contestó el Santo que no la conocía, que no la había visto nunca, y le preguntó el nombre: «Soy la Pobreza» le contestó; y desapareció la visión. Impuso silencio al P. García respecto de aquel asunto, é investigando si había desechado á algún niño pobre, pensó que en sus Escuelas no había niños judíos. Recogió inmediatamente veinte que habían asistido á clase durante algunos días: pero se interpusieron los rabinos, prohibiendo á los padres que enviasen más á sus hijos. Gran disgusto tuvo José, y, para que volviesen, prometió que nunca se les hablaría de religión, que se les enseñaría solamente el temor de Dios y la observancia de su santa ley. Fueron inexorables los rabinos, y abrieron una escuela en el Ghetto. (1)

Entre tanto, avisó á José el Cardenal Peretti de Montalto, sobrino de Sixto V, que el Papa, á pesar de sus promesas, había vuelto á su idea, y le había puesto en la lista de los doce Cardenales que había de crear el 17 de agosto siguiente. Consternado quedó José, pero no decayó de ánimo en aquellos apuros. Redo-

(1) El Ghetto es el Barrio de los judíos. Al comenzar su pontificado, ordenó Pio IX que se echasen abajo las puertas que se cerraban todas las noches, y para impedir toda oposición quiso presidir él mismo aquella operación. Desde entonces se han extendido por la ciudad muchos judíos, pero la mayor parte habita aún en aquel barrio. Fueron horrorosamente ingratos con su bienhechor.

M^o BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

S. José de Calasanz á los 55 y 64 años renuncia dos Obispados, un Arzobispado y por dos veces el Cardenalato.

bló las oraciones, é hizo que orasen los niños por un negocio de gran importancia, y se sirvió del crédito del Cardenal Camilo Borghese, sobrino del Papa, con tanto celo como pueden emplear los ambiciosos para llegar al poder. Insistió en la falta de aptitudes que tenía para semejante dignidad, y en las dificultades en que se hallaría su Obra, que estaba aún en los principios, y que había de producir á la Iglesia más bienes que su elevación al Cardenalato. Estuvo tan elocuente, é instó de tal manera, que se ganó al Cardenal, y el Sumo Pontífice se rindió al fin, y le borró definitivamente de la lista. Y era ciertamente muy fácil al Papa hallar Cardenales, y mucho más que hallar un hombre capaz de consagrarse á una Obra como la de José. A veces, al leer estas páginas, se ve uno tentado á sentir aquella decisión que tantos padecimientos hubiera evitado á José. Pero también dió á la Iglesia un Santo que fué el modelo más completo de la fortaleza de un alma en medio de los sufrimientos. El Cardenal Peretti contó el hecho á dos Padres de las Escuelas Pías, que lo repitieron á sus hermanos en presencia de José. Púsose á reír éste como de una broma inocente, diciendo que el Papa había querido divertirse un poco. Mas viendo que parecían poco convencidos sus hermanos; tomó un tono más serio, y prohibiéndoles severamente que se hablase más de aquel asunto.

Recompensó Dios la humildad de nuestro Santo, concediéndole una nueva vocación que á sus ojos valía más que la púrpura cardenalicia. Causa maravilla la absoluta abnegación de las clases más ilustres en aquel admirable siglo XVI. Cuanto más abyecto parecía á los ojos del mundo el ministerio de las Escuelas Pías, tanto mayor era el gusto con que con ardor lo abrazaban los caballeros. Una de las causas principales del malestar de nuestra época está sin duda en el desprecio que de la carrera eclesiástica hacen las clases elevadas. Glicerio Landriani era joven noble de Milán, sobrino segundo del Cardenal Gerardo Lanciani. Su madre, la Señora Visconti era prima de San Carlos Borromeo. El nombre de Glicerio se le había dado en memoria de un Santo de su familia Glicerio Landriani. Habiendo abrazado el estado eclesiástico, fué enviado á Bolonia, para seguir allí los estudios sagrados bajo la vigilancia de su tío Mgr. Marsilio Landriani, Obispo de Vigevaus, y Vicelegado de aquella provincia. Renunció la rica Abadía de San Antonio de Plasencia, y á la edad de 19 años se dirigió á Roma, al lado de su hermano mayor, el Prelado Mgr. Fabricio Landriani, poco después Obispo de Pavía. Tenían intención sus piadosos padres, de hacerle terminar el estudio de la Teología bajo la dirección del sabio Dominico, Jacinto Petroni que tenía el importante cargo de Maestro del Sacro Palacio en 1614, y fué Obispo de Melfi en 1622. Acabados los estudios, debía entrar en la Prelacia, y seguir la carrera, como se decía entonces. Muy otros eran los designios de la Providencia. Glicerio, joven, rico, noble, con el más brillante porvenir, comenzó á fastidiarse de los honores y de los

bienes del mundo, de tal manera que muy pronto fué la admiración de toda la ciudad por su celo por la salvación de las almas. Se había unido á Francisco Méndez, sacerdote español que había llegado á Roma para fundar una Congregación destinada á propagar en su país la perfección evangélica: eran ya algunos sacerdotes. Glicerio se entregó completamente á la santificación de las almas, y habiendo vuelto Méndez á España dos años más tarde, aunque era el más joven, fué nombrado Jefe de aquella pequeña Asociación. Paulo V que se interesaba vivamente por Glicerio, le confió á la dirección del Venerable P. Domingo de Jesús y María, Carmelita Descalzo, que acababa de volver de una importante misión que lo había llevado á Sicilia. Por su consejo entraron en el Instituto de las Escuelas Pías, en 31 de mayo de 1612, Glicerio y sus colaboradores.

Entusiasmado José con el obsequio que le enviaba la Providencia, y considerando que era ya pequeño para tantos niños el local arrendado el año anterior cerca de San Pantaleón, pensó que en lugar de arrendar nuevos departamentos, sería mejor comprar definitivamente una casa espaciosa. Mucho le instó el P. Glicerio para que se resolviese por lo último, y como era muy rico, se ofreció á pagar la mayor parte de su valor y á salir fianza por el resto. Encargóse el P. Domingo de llevar adelante el negocio, y el Cardenal Protector prometió adelantar una buena suma. Decidióse al fin José, y la señora Victoria Cenci de Torres, ganada por el P. Domingo, consintió en vender su pequeño palacio (1) contiguo á la Iglesia de San Pantaleón en la plazuela de su nombre y no lejos de la hermosa plaza Navona, por el precio de diez mil escudos, sobre 50.000 pesetas, pagaderos á plazos, con el interés de seis por ciento, hasta que se hiciera el pago. Se efectuó la venta el 1.º de octubre de 1612 bajo la fianza de Glicerio que dió un pagaré de diez mil escudos sobre su patrimonio, y pagó ciento setenta y ocho escudos por la pensión anticipada de cuatro meses. Además había dado ya doscientos escudos por su pensión y la de sus cinco compañeros. Hacía dos años que daba abundantes limosnas á las Escuelas Pías, pero nada valía tanto como su cooperación personal.

Era la cuarta vez que desde 1597 cambiaban de local las Escuelas Pías. con gran contentamiento de José que creía sería la última vez: sólo que esta vez el cambio era menos costoso, puesto que los muebles estaban en la casa contigua. El mes de Octubre es en Roma el mes de las vacaciones: lo aprovechó José para hacer el cambio de casa, llevando sobre sus espaldas el mobiliario, dando ejemplo á sus hermanos. Glicerio especialmente trabajaba como un esclavo.

(1) Hay en Roma hermosísimos palacios, dignos de las mejores capitales: pero hay que convenir en que abusan algo los Romanos de la palabra *Palazzo*. En París se llamaría *hotel*, y con frecuencia no puedan llevar ni ese nombre. El de San Pantaleón podría llamarse mejor un gran cuartel.

En aquel local quedó fijada la Casa Madre: visitámosla por primera vez en 1860, cuando estaba en toda su pujanza, y muchas veces después del despojo de Roma por los piamonteses en 1870. Los Padres de las Escuelas Pías no han conservado más que un modesto alojamiento para el General y su poco numeroso personal, con la Iglesia de San Pantaleón en que reposa su bienaventurado Padre bajo el altar mayor.

Sujeto tan excelente como Glicerio no podía proporcionar sino consuelos á José: concurrió también con su tributo de dolores. Poco después de la traslación de las Escuelas Pías á San Pantaleón, perdióse Landriani de repente, sin saber dónde pudiera hallarse. Creyéndose aquel humilde joven tan gran pecador como era inocente, sintióse inspirado á retirarse á un desierto para hacer penitencia. Entraba una tarde en casa con el P. Diego López, uno de los cinco que le habían seguido; y le instó á que le acompañase, ya que le había seguido tantos años. Había dos pobres en la puerta de las Escuelas. Hizo Glicerio que entrase uno, cambió con él los vestidos, se puso sus harapos, comprometió al P. Diego á hacer lo mismo, y los dos, vestidos de aquel modo, salieron por la puerta de Flaminio, hoy Puerta del Pueblo. Al primer pobre descalzo que encontraron dió Glicerio las medias y los zapatos, y continuó caminando con su compañero.

No habiendo acudido al anochecer los dos sacerdotes, creyó José que estarían con algún moribundo, y los esperó en vano toda la noche. Siempre en la misma idea, á la mañana siguiente envió otro Padre á relevarlos, para que pudieran ellos tomar alimento y descansar un poco; pero no se tuvo noticia de ellos. Extremada fué la ansiedad de José. Envió mensajeros en todas direcciones, él mismo fué á todos los lugares en que podían conocer á Glicerio, á la Capilla de la Sociedad de Méndez, al Convento de los PP. Carmelitas Descalzos, al venerable P. Domingo, designado por el Papa como director espiritual del fugitivo; pero nadie pudo hallar á Glicerio. Sin dejar las pesquisas acudió á su medio ordinario, á la oración, pidiendo á la Santísima Virgen por el dolor que sintió en la pérdida de Jesús, que le hiciera encontrar á su querido hijo. Al tercer día no pudiendo continuar aquel género de vida, el P. López, compañero de fuga de Glicerio, volvió á casa de Silvaggi, teniendo mucha vergüenza de entrar en las Escuelas Pías, después de semejante escapada. Seguro ya Silvaggi de encontrar al fugitivo, mandó á decir á José que continuase orando, y que no tardaría en llevárselo. Fué Silvaggi á ver al Vicegerente, (1) y obtuvo de él una orden, por la cual le mandaba en virtud de Santa Obediencia y en nombre del Papa, que volviese á Roma. Mon-

(1) El Papa, Obispo de Roma, confía la administración espiritual de su Diócesis á un Vicario General que se llama Cardenal Vicario. Este tiene á su vez, para suplirle un Arzobispo, que hace las veces de Vicario del Cardenal Vicario, y se llama Vicegerente de Roma.

tó á caballo llevando en la maleta vestidos convenientes, siguió sus huellas, encontrándole por fin en los Capuchinos de Espoletto. El pobre Glicerio, calado y muerto de hambre y de frío, había pedido refugio en aquel Convento, y los Capuchinos, movidos á compasión, aunque sin conocerle, le habían recibido en un miserable cuarto, donde ya estaban otros dos pobres campesinos. Ya se había puesto Landriani á enseñarles el catecismo, prometiéndoles dos *carlinos*, (1) si escuchaban con atención.

Eran fruto de las limosnas que recogía en el camino y daba inmediatamente á los pobres, quedándose para él lo estrictamente necesario. Pero aquellos miserables, deseosos de tener, no dos *carlinos*, sino todo el dinero, comenzaron á gritar con todas sus fuerzas: ¡Ladrón! ¡ladrón! Acudieron á los gritos los Capuchinos; pretendían los campesinos que Glicerio les había robado quince bayocos, y no queriendo defenderse el joven, les entregó sin réplica los dos carlinos que tenía en la mano. En aquel instante llamaba Silvaggi á la puerta del Convento: preguntó al portero, venerable anciano, si había en el Convento un joven cuyas señas le daba. Respondió el hermano portero que efectivamente un joven que vivía en la montaña vecina donde quería ser ermitaño, había llegado pidiendo hospitalidad; pero que se acababa de descubrir que era ladrón, pues había robado algunos bayocos á dos pobres. Llevado Silvaggi á donde estaba Landriani, le mostró la carta del vicegerente: y besándola Landriani con respeto, se manifestó pronto á obedecer. Se le cambiaron los vestidos, y los ladrones aprovecharon la coyuntura para escapar. Cuando lo vió salir el portero le dijo: «Adiós, señor abad; es V. más ladrón de lo que yo pensaba, pues, si no ha robado los bayocos, ha robado el cielo». Vuelto á Roma, él y el padre López permanecieron en las Escuelas Pías hasta su muerte.

(1) Es el *carlino* pequeña moneda italiana, cuyo valor varía según los países. En Nápoles vale 24 y 1/2 céntimos de peseta, y en Sicilia 39 céntimos. En Roma representa 7 y 1/2 bayocos ó sea 39 céntimos de peseta.



CAPÍTULO X

Congregación de la Madre de Dios

Más larga de lo que se esperaba había sido la instalación en San Pantaleón: pero todo estuvo dispuesto al principio de 1612, y los alumnos pasaron de mil. Colocáronse las clases en la planta baja y en el primer piso en que había un gran salón, que convirtió José en Oratorio, con una habitación en el interior que para nada servía por su pequeñez: allí fijó su residencia José, hallándose de aquel modo al alcance de todos. Algo mejor situadas estaban las habitaciones de sus hermanos en el primero y segundo pisos. ¿Quién podrá calcular los indecibles consuelos de que gozó nuestro Santo en aquella humilde celda, las comunicaciones que tuvo con Dios, las austeras penitencias y las largas vigiliias de que ella fué testigo? En aquella humilde habitación vivió habitualmente hasta la muerte, y tenía costumbre de decir: «Mi cuarto es un paraíso. Pasaba en él en continua oración, ya leyendo las Sagradas Escrituras, ya entregado á la oración vocal, ora rezando el oficio divino, ora en oración mental que hacía todas sus delicias. A veces trataba de defender sus derechos la naturaleza, y le sorprendía el sueño: para mantenerse despierto, se azotaba con cordeles nudosos y con disciplinas de hierro, creyendo que el aislamiento de su celda no permitiría á nadie oírle. Cuando tenía destrozado el cuerpo, se ponía sobre las llagas un áspero cilicio de clin, ó una especie de cota de mallas de hierro, ó se ceñía los riñones con una cadena herizada de puntas que le penetraban en la carne. Desvelado así por el sufrimiento, poníase de rodillas delante de la mesa, y preparaba los temas para las composiciones de los discípulos, los modelos de caligrafía para los más jóvenes, y los problemas de Aritmética, graduados según las clases. En aquel tiempo no se conocían las plumas de acero; tajaba un centenar de plumas nuevas, y volvía á tajar las viejas. Empleaba muchas horas en aquella enojosa tarea, considerándolas muy bien ocupadas. Consagrado por su vocación día y noche al servicio de la juventud,